

Mas, el creyente que reza en la soledad es menos maravilloso que la plebe dolorida que hacia como aureola de carne contrita a Cristo en la orilla del lago.

Yo digo, pues, humildemente, este deseo, en la hora de conversación con vosotros que habéis querido concederme: el de que, si se ha superado la aproximación económica con la intelectual, se supere a ésta con un movimiento cristiano hacia nosotros. Tienen una fecundidad relativa los medios inferiores con que se busca la unión entre los hombres, o sea los intereses; solamente el espíritu derriete los obstáculos para las grandes empresas y las transformaciones verdaderas de la Tierra. Sólo él vuela, libre y gozoso como el albatros marino, por encima de las limitaciones terrestres.

Dios haga a Estados Unidos realizar, con norma cristiana, la ayuda del mundo dolorido, enfermo de injusticia y de odio, y que

las mujeres y los educadores sean, formando la generación que lo alcance, algo así como las manos mismas de Dios.

Por fin, estas palabras de Gabriela ante la tumba de Jorge Washington, en Mount Vernon:

¡Que el espíritu de Jorge Washington sea siempre presencia viva para su pueblo! ¡Que la guerra no sea nunca para Estados Unidos sino lo que fué para Washington: el último y más afligido recurso! Que él trabaje por nosotros dentro de su pueblo, dictando justicia para nosotros. Así como defensor le miramos; es el Gran Muerto que habla en nuestro favor perennemente.

(Tomado del Boletín de la Unión Pan-americana, Washington, D. C.)

Un panorama de la actividad intelectual en la vida española

El descontento, factor del progreso

Paris, abril de 1924.

DE un breve viaje por España sólo puede derivarse impresiones. ¿Cómo imponerles unidad sin conocer los múltiples aspectos del esfuerzo intelectual hispano? ¿Cómo trabar nociones si la memoria se siente grávida porque suntuosas imágenes la embargan?

A quien visita las grandes librerías y lee los diarios más principales, al observador que estudia con simpatía, le asaltan dudas respecto a terminantes afirmaciones que nadie examina o discute. No se lee en la península, se dice, y las estadísticas traen la abrumadora cifra del analfabetismo. A la nación incuriosa llega el tumulto de Europa sin conmoverla. No se entera, según los que denuncian esa ominosa apatía. Empero, los editores traducen obras de todas las lenguas cultas. Antes de que aparezca Spengler en francés, en inglés o en italiano, se publica en edición española. Análoga indicación puede hacerse en relación con Freud o con Rethenau. De la escuela jurídica alemana, de los criminalistas italianos, de los doctores del neomarxismo ruso, lo esencial surge, en vestidura castellana, de prensas curiosamente activas. Numerosas colecciones entregan al público todos los días libros con qué saciar la más ardorosa curiosidad. Nada escapa a este empeño de importación, clásicos y modernos, literaturas remotas, grandes libros del pueblo convecino que siempre atrae, porque

es nervioso y sutil, a los españoles. De presente, el interés va a Italia, a descubrirla, a propagar su renacimiento cultural. Pirandello, Borgese y el mismo Verona ingresan triunfalmente en la península. A quien lee estas colecciones invasoras, a un vasto público se dirigen, corresponden seguramente a direcciones que impone una inteligencia quizás insegura, pero también ágil y hospitalaria. No persistirían en su interesante conato las grandes casas editoriales si no llegara a ellas, en masa, el lector capacitado para distinguir, rechazar y admirar. ¿Qué comerciante se expondría al fracaso en su esfuerzo por educar a su público, por imponerle un peligroso sursum? Ciertamente, América lee, compra libros que vienen de la metrópoli, pero no basta su curiosidad en progreso para explicar la fundación y el desarrollo de poderosos centros de edición.

Además, en los grandes órganos de la prensa, domina un estado mayor de escritores. Allí están los más originales, los más cultos, los mejores. La hoja cotidiana se convierte en revista para todas las gentes. No sólo sorprende el periódico por su abundante información, por su perfección gráfica, porque se ha adecuado a la agitada vida de nuestro tiempo, sino porque en él se discuten diariamente los más altos temas y el espíritu se enhiesta al leerlos. Imaginaos lo que sería la prensa de París si en ella colaborasen regularmente Bergson y

Claudel, Anatole France y André Gide. Si nadie se interesa en la cultura, ¿por qué convocan los directores de los periódicos peninsulares a tan selectos espíritus, por qué entregan sus columnas a sabias discusiones sobre la excelencia de la enseñanza clásica o el porvenir del sindicalismo o las relaciones entre la enseñanza de Tolstoy y el comunismo rojo de los eslavos?

Misteriosa simpatía que sólo se justifica si los lectores siguen tales encuestas, si se complacen en disquisiciones trascendentales, si un intenso amor de ciencia los aprieta, si piden luz, más luz en España que a sí misma se condena como país de regresión y de tinieblas. Creo que se lee más allá de los Pirineos y que la «inteligencia» que tantas analogías presenta con la de los rusos—poder inclinado a la crítica, fuerza explosiva y destructora—va formando un vasto público, suscitando inquietudes en un pueblo resignado, creando un estado difuso de incertidumbre, favorable a las revelaciones y a las trasmutaciones. El progreso, según Stuart Mill, es obra de espíritus descontentos. Los jóvenes españoles, generación que estudia y medita y afirma que nada está bien en la península, transforman a la misma gente que se ufana de conservar y resistir, llevando hasta ella interrogaciones, dudas y lecturas.

No sé cómo reaccionan las clases sociales ante esta propaganda del diario y del libro. Se dice que la aristocracia indiferente, entregada a aventuras y deportes, sonríe cuando los intelectuales se lamentan y priva a estos de acción inmediata en los salones. Sin embargo, una marquesa invita a Stravinsky, que dirige conciertos en Madrid, y en grandes mansiones solariegas se inauguran exposiciones de pintura. Por el arte, por el snobismo, llegarán los grandes al libro nuevo, a la idea audaz. Quién sabe si Ramón y Cajal hallará pronto duquesas con las cuales discutirá las reglas de la investigación biológica como Voltaire estudiaba con madame de Chatelet los principios de la filosofía de Newton.

El clero se opone naturalmente al análisis pertinaz de la vida hispánica. Interesado en el mantenimiento del antiguo orden social, prefiere la evolución lenta o la estagnación a la revolución. Con todo, las revistas que publican determinadas congregaciones docentes se distinguen por su elevado espíritu e informan, aunque sea en actitud de crítica, de las más importantes manifestaciones del pensamiento contemporáneo. Acaso temen que el intelectual se convierta en agente de disolución, que sepa destruir pero que ignore el arte operoso de las construcciones durables.